

**LA
CASA
DE LA
PIEDAD**

AURORA
LÓPEZ GÜETO

LA
CASA
DE LA
PIEDAD

algaida



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2021

© Aurora López Güeto, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-575-6

Depósito legal: SE. 1248-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LIBRO I. <i>Mors</i>	11
LIBRO II. <i>Pietas</i>	109
LIBRO III. <i>Veritas</i>	197
LIBRO IV. <i>Iustitia</i>	317
EPÍLOGO	399
NOTA DE LA AUTORA.	405
GUÍA DE PERSONAJES	412
ÁRBOLES DE FAMILIAS	414

A Álvaro y Santiago, mis hijos

LIBRO I

MORS

¿De dónde nos viene entonces tanto empeño en llorar a los nuestros, si no sucede por imposición de la naturaleza? De que no nos figuramos ninguna desgracia antes de que nos suceda, al contrario, como si sólo nosotros estuviéramos exentos y emprendiéramos un viaje más sosegado que los demás, no permitimos que los infortunios ajenos nos adviertan que son comunes a todos. Pasan ante nuestra casa tantos entierros: no pensamos en la muerte; tantos funerales de niños: nosotros tenemos en mente la toga de nuestros hijos, su servicio militar, su sucesión a la herencia paterna; se ofrece a nuestros ojos el repentino empobrecimiento de tantos ricos y a nosotros no nos pasa por la mente que también nuestras riquezas están igualmente en peligro. Así pues, es inevitable que nos derrumbemos enseguida: nos vemos golpeados como de improviso; los sucesos previstos de mucho antes nos acometen más débilmente.

SÉNECA, *Consolación a Marcia*, 9,1-2

I

*Calendas de junio. Año del consulado de Marco
Papio Mutilo y Quinto Popeo Secundo¹*

Casa de la Piedad

SABINA PERMANECIÓ DE PIE Y EN SILENCIO FRENTE AL CADÁVER DE SU HERMANA. Con gesto soberbio, ordenó a la joven esclava que corriera el pesado cortinaje. Así evitaban miradas indiscretas si alguien transitaba por la primera planta de la casa. Afortunadamente, el dormitorio de Antonia quedaba en el extremo oeste del pasillo y la estancia contigua, el cuarto de juegos, llevaba años deshabitada.

Marco Papio, su cuñado, y Mutilo, su sobrino y cónsul de Roma, habían salido a primeras horas de la mañana al Foro para asistir a una sesión del Senado. En la Casa de la Piedad tan sólo estaban Terencia, la esposa del cónsul, y los esclavos ocupados en sus tareas.

«Terencia no me preocupa. Duerme a todas horas por la fatiga de su embarazo. Y es una muchacha tan asustadiza como respetuosa. Su madre la ha educado bien. En un rato iré a su habitación para contarle el terrible desenlace de Antonia».

Sabina necesitaba silencio para pensar pero los lloros de las esclavas la distraían. Desconfiada por naturaleza, quería conocer con exactitud el tiempo transcurrido desde que Briseida, la vieja griega y Secundila, la atractiva ornatrix, se alarmaron al ver que su dueña no despertaba y mandaron recado a su casa.

¹ 1 de junio del año 9 d.C. Festividad de Carna, diosa protectora de los órganos vitales.

«Estas dos no salen de aquí hasta que me digan qué ha pasado». Intuía que hacerlas hablar sería una ardua tarea. Nunca le pareció correcto el afecto, impropio de personas de su clase, que su hermana sentía por las esclavas.

Secundila, con toda la humildad que fue capaz de aparentar, le imploró que las dejara salir a buscar ayuda. Le horrorizaba la perspectiva de quedarse allí encerrada. Y, sobre todo, de rendir cuentas a Sabina.

—Dómina, ¿quieres que avisemos a Lucio Valerio, el médico? ¡Puede que Antonia tan sólo haya perdido el conocimiento!

La helada mirada azul de Sabina mostró un evidente malestar por su osadía. Aun así, Secundila se atrevió a preguntarle si enviaban un esclavo al Foro para localizar al cónsul y a su padre.

—¡Cállate! Ni se os ocurra moveros de esta habitación. ¡Bien poco puede hacer el médico por Antonia y menos aún el cónsul o tu señor! Quedaos ahí. Quietas y en silencio —gritó elevando su tono de voz lo suficiente para que no la oyeran fuera de la estancia. Sabina estaba acostumbrada a superar situaciones complicadas.

Pero Antonia se lo había puesto difícil. Muy difícil. Los sollozos de aquellas dos malditas sabandijas no la dejaban pensar y debía trazar un plan. Para afrontar las próximas horas y, sobre todo, los días venideros.

Secundila abrazó a su compañera hundiendo su cabeza en el pecho para amortiguar el llanto.

—Discúlpala, dómina. Briseida es mayor y se ha impresionado —trató de justificarla. Si por ella fuera gritaría a pleno pulmón la desgracia que asolaba la Casa de la Piedad. Hasta el mediodía no regresarían los amos. La sola idea de permanecer encerradas hasta la hora del almuerzo le heló la sangre. Pero se contuvo para evitar males mayores y una buena paliza.

El cuarto se encontraba prácticamente en penumbra al no recibir la luz proveniente del atrio. Antonia se instalaba allí durante el riguroso verano romano, pues descansaba mal a causa del calor. A la vuelta de Pompeya, cuando los días se acortaban y las noches eran más frescas, buscaba la calidez de su primer dormitorio de la casa, situado en la otra punta del corredor y contiguo al de su marido. En sus habitaciones sólo se reclinaba a descansar, si acaso leía antes de dormir. Rara vez pedía que le llevaran la comida.

Hacía años que Sabina no entraba allí.

Recorrió de un vistazo la habitación y pensó que aquella excentricidad de su hermana de andar de cuarto en cuarto hacía que ninguno de los dos resultara una habitación acogedora.

Antonia había muerto en su cama, idéntica a la de Sabina, ambas regalo de su padre. La única diferencia era que había mandado desmontar el lujoso pie de alabastro. ¡Una pena, pues estaba labrado, como el cabece-ro, con exquisitos detalles!

Los ojos de Sabina se detuvieron durante unos segundos en el bello mosaico que ocupaba prácticamente la mitad del suelo de la estancia. Algunas teselas estaban dañadas por las seis patas de bronce que sostenían la cama.

Fue entonces, al elevar la mirada, cuando se topó con aquel sospechoso vaso color miel que reposaba en el elegante velador de mármol.

Lo removió para ver si quedaba algo de líquido en su interior y un fuerte olor, no del todo desconocido, le infundió la íntima certeza de que Antonia había muerto envenenada. Su rictus dulce y sereno se le antojó una broma macabra, como si se mofara de todos ellos.

«¿Qué has hecho, hermana?».

En ningún momento sintió compasión por ella, mientras los pensamientos se precipitaban en su cabeza. Incomodidad. Fastidio. Dudas. Rencor. ¿Por qué causarles tanto daño? El prestigio de la familia se había construido durante generaciones a costa de grandes sacrificios personales. La estúpida de Antonia nunca conoció muchos de ellos.

«Otra vez. Como entonces. Rumores y maledicencia. ¡Poco me importa lo que digan de mí! Pero los carroñeros de esta ciudad arrasarán el honor de tus hijos».

Sabina razonaba todo lo aprisa que era capaz. Trató de visualizar las siguientes horas porque, nada más descorrer los cortinajes, la muerte de Antonia dejaría de estar bajo su control. Se obligó a dominar la ansiedad para pensar con la mayor claridad posible.

¿Por qué Antonia había decidido quitarse la vida? ¿Por qué justo ahora? Si después de tantos años de mentiras había llegado a conocer la verdad, lo había disimulado a la perfección.

¿Qué supo Antonia antes de morir?

«Papio llamará a ese estúpido médico entrometido que nos interrogará hasta el hartazgo».

»El vejestorio se empeñará en calcular la hora y la causa de tu muerte. Teniendo en cuenta, hermanita, que gozabas de buena salud, sólo cabe rezar a los dioses para que dictamine que has muerto de manera natural y repentina.

»Como se obsesione con el envenenamiento analizará hasta el mínimo gesto de todos nosotros. Porque tan sólo habrá dos posibilidades: el crimen o el suicidio. La ruina para esta casa».

El crimen. Cada día, en la ciudad, morían decenas de personas de su clase. Muchas de esas muertes hallaban su causa en oscuros secretos y en pasiones ocultas.

«Antonia, ¿nos has tenido engañados, al igual que hemos hecho contigo?».

Por un instante, le causó cierto alivio la perspectiva de que la perfecta matrona hubiera sucumbido a las tentaciones. ¡Como ella misma y como tantas otras ciudadanas! Enseguida descartó una idea tan extravagante. Sólo había otro motivo para que alguien quisiera acabar con su hermana: el dinero. Antonia y Sabina eran ricas. Muy ricas.

Al morir su padre, Antonio Máximo, recibieron una cuantiosa herencia que se había multiplicado. Las dos realizaron sus testamentos asesoradas por el prestigioso jurista Labeón, viejo amigo de la familia y persona de su total confianza. Por entonces, Sabina ya había enviudado, sumando al importante patrimonio que poseía la dote recuperada y el generoso legado que su marido, Tito Carisio, le había dejado. Nunca tendría preocupaciones económicas ni la imperiosa necesidad de buscar un nuevo esposo.

«El día que hicimos testamento, nuestro tutor prestó su autorización sin rechistar, confiando en los consejos del jurista. Antonia nombró herederos a sus dos hijos vivos, Mutilo y Fulvia. Hacía poco que había muerto Octavia, con apenas dieciséis años».

Sabina sintió un escalofrío al recordar a su sobrina y se obligó a apartarla de su cabeza para recordar detalles del testamento. ¡Si hubiera prestado atención a la perorata jurídica! Haciendo un importante esfuerzo por concentrarse, recordó que Antonia fue generosa con Emilia, su anciana madre, que por entonces ya vivía con ella en la Casa de la Piedad. Y, ¡cómo no!, se acordó de ella misma, su querida hermana gemela.

«¡Dioses! ¿Por dónde empezar? ¿Qué saben las esclavas? ¿Qué han hecho hasta que llegué? ¿Aprovecharon para fisgonear o, aún peor, para robar algún objeto de valor? Hay que registrarlo todo. Incluso el cuerpo de mi hermana».

El espanto de Secundila la hizo ser imprudente de nuevo. No pudo reprimirse cuando Sabina empezó a desvestirse con brusquedad a su señora. Ese acto impuro atraería a la Casa de la Piedad el castigo de los dioses.

—Dómina, ¿quieres que cambie yo sus ropas? —preguntó conteniendo su rabia.

—¡Cállate! —le gritó Sabina sin mirarla.

Pero, apenas había bajado a la cintura la túnica de dormir, cambió de idea. Sentía grima al manosear el cadáver y aquella tarea era propia de esclavas.

—Sigue tú. Bien mirado, a esto te dedicas. Busca una túnica interior limpia y un vestido de los que usa para estar por casa. Ponle las joyas de diario. Sin excesos —ordenó demostrando su capacidad de mando.

Las esclavas salieron de su rincón y empezaron a buscar en los armarios.

—Arréglale el pelo y acicala el rostro con sus cosméticos. Cuando acabes, le colocas las manos sobre el pecho.

Después de tantos años de servicio, conocían bien los gustos de Antonia.

Secundila la desvistió con la torpe pero voluntariosa ayuda de Briseida bajo la soberbia mirada de Sabina que vigilaba sus movimientos a una prudente distancia. La suficiente para ver si su hermana presentaba signos de violencia.

«A simple vista no parece que hayas sido atacada. ¡Un síncope repentino nos facilitaría tanto las cosas!».

Recordó las últimas veces que había visto a su hermana desnuda. Una, el día de su boda con Marco Papio cuando salió del baño para vestirse con el traje nupcial. El mismo que la propia Sabina, por la tacañería de su padre, luciría un mes después en su boda con Tito Carisio. La segunda vez, en el alumbramiento de Mutilo. No la acompañó en el nacimiento de las gemelas, Octavia y Fulvia. Su rostro se ensombreció y tembló de puro miedo. De haber percibido su angustia, las esclavas lo habrían achacado a la impre-

sión ante el cuerpo desnudo de Antonia. Sabina se recompuso y apartó aquel recuerdo. Como decía su madre, «lo que no se nombra, siquiera en nuestros pensamientos, no existe».

La esclava se afanaba en colocar a Antonia su túnica interior, operación aún más compleja que desvestirla.

«Nuestra madre siempre criticaba tu falta de coquetería. Nunca fuiste especialmente bella y los embarazos acabaron por estropear tu cuerpo».

Sabina pensó que sus rudas reflexiones escandalizarían a las esclavas, devotas de Antonia hasta la náusea. Y, de nuevo, sus ojos azules se desviaron hacia el velador junto a la cama.

«Si pudiera le daba a alguna de estas dos a probar de la copa, como hace el príncipe ante las amenazas de sus enemigos. Con suerte, me libraría de ellas».

Esbozó una medio sonrisa que enseguida reprimió. No era propio de ella llorar y desesperarse, pero otra cosa era que las esclavas la vieran sonreír ante el cuerpo de Antonia. Sabina comenzó un agresivo interrogatorio.

—Tú, ¿le diste a mi hermana algún alimento antes de acostarse o durante la noche?

Secundila negó con la cabeza gacha, la mirada clavada en el suelo.

—La habitación está muy ordenada. ¿Has estado recogiendo antes de avisarme? Antonia solía leer antes de dormir y no veo papiros por aquí —insistió con desprecio y desconfianza.

—En la última semana la dómina no ha querido leer —replicó Secundila arqueando las cejas, un punto desafiante.

Sabina captó su tono insolente.

«Lo primero que haré al acabar los funerales será acusarla de faltarme al respeto o de robar en estos días de incertidumbre en la casa. ¡Sería muy oportuno perder un pendiente durante el velatorio! Recomendaré la venta de esa ramera al dueño de una taberna del apestoso barrio de la Subura para que se le baje su soberbia».

El tiempo apremiaba. En cuanto los hombres regresaran, Sabina quedaría arrinconada junto al resto de mujeres de la familia. Su papel se ceñiría a

mostrar desolación ante las visitas. Desesperada por encontrar respuestas, súbitamente, una idea se abrió paso en su cabeza cuando vio los utensilios para escribir de Antonia.

—¿Escribía tu señora por las noches? —increpó a Secundila. Su hermana era muy aficionada a redactar eternas cartas. Como las que le envió cuando, recién casada, Sabina se trasladó a Lusitania. ¡Qué pereza le daba responder, aunque le dictara a uno de los esclavos!

—Habla, inútil —insistió con violencia.

La muchacha no tuvo más remedio que asentir, señalando hacia la ventana.

—¿Sentada en el suelo? —se extrañó Sabina.

La esclava trató de justificarse.

—Yo le advertí de que iban a darle calambres en las piernas.

Lo más probable era que se tratara de listas de invitados o de cuentas domésticas. Pero se le había despertado cierta curiosidad.

—¿Dónde están sus tablillas?

—Dómina, tu hermana escribía en papiros que apoyaba en una tabla sobre las rodillas. Y guardaba sus escritos en aquella teca —señaló una caja en el alfeizar de la ventana. Pesaba bastante más de lo esperado porque la tapa estaba decorada con un bello mosaico. Un paisaje marino con delfines saltando sobre las olas. Al abrirla, Sabina descubrió unos cuantos papiros sueltos. Como Antonia era muy meticulosa con sus libros, comprendió que no le había dado tiempo a clasificarlos.

Era evidente que se trataba de sus últimos escritos. ¿Arrojarían luz sobre sus preocupaciones, y, de paso, sobre los detalles de su muerte?

—Ayúdame con la caja. Volcad su contenido en la cama.

Con cierto deleite, comprobó que la esmerada caligrafía de Antonia se había estropeado con el paso de los años. Al final las felicitaciones del pedagogo ateniense no le sirvieron de mucho. ¡Con las regañinas que se ganó Sabina por su desastrosa escritura!

El contenido de la caja resultó ser decepcionante. Absurdos y deprimentes poemas a la muerte de su padre o manifestaciones de amor maternal a sus hijos o a su futuro nieto.

—Hija, esposa, madre y abuela —dijo en voz alta, burlonamente, sin temer que la escucharan—. Seguro que Papio erige un epitafio a su medida con palabras de reconocimiento. A la matrona ideal.

Aparecieron unas tablillas de cera como las que usaban los comerciantes para llevar la contabilidad de sus establecimientos. Con un punzón,

Antonia había realizado un cuidado inventario de su biblioteca titulado «Para Marcela».

Le vino a la cabeza la imagen de la hija del jurista y de su hermana, enfrascadas en la lectura de las obras de Horacio y de Virgilio.

«¡El legado de la biblioteca! Fue otra de las disposiciones que Antonia hizo incluir en su testamento. Los libros de mi hermana valen un buen dinero y Labeón, siempre tan remilgado, se sintió algo incómodo porque su hija recibiera un regalo tan valioso».

Con el tiempo, Sabina se arrepentiría de no haber prestado más atención a los escritos de Antonia. Literalmente, estuvo en su mano el conocimiento de la más valiosa información sobre los últimos días de su vida. Ofuscada, pasó por alto detalles nimios pero absolutamente reveladores. Profundamente disgustada y consciente de que cada vez disponía de menos tiempo, sus prisas por desparramar los papiros por el lecho, a los pies del cuerpo de Antonia, acabó por borrar las pistas. Si hubiera sido más cuidadosa se habría fijado en que los textos más antiguos reposaban en el fondo de la caja y que se remontaban a acontecimientos muy lejanos, como la muerte de su padre o la pérdida de su hija Octavia. Papiros pulcramente caligrafiados.

En la parte de arriba, entre las reflexiones que catalogó de un vistazo como «la ñoña literatura de mi hermana» se encontraba una dulce poesía dedicada a su futuro nieto. La había escrito el día antes de su muerte y estaba llena de borrones, redactada con la irregular caligrafía de la que Sabina se había burlado. Tampoco observó la diferencia de color y textura del papiro. Ni prestó atención a la reveladora frase de Secundila:

—La dómina no ha leído esta semana pero ha estado escribiendo durante horas. Hasta el amanecer.

¿Siete noches de frenética escritura habían dado como único fruto una ligera canción de cuna al niño por nacer y un listado de libros?

II

CONTENIENDO LAS LÁGRIMAS, LAS ESCLAVAS PROCEDIERON A VESTIR A SU señora. Briseida, aun a tientas, conocía de memoria el cuerpo de Antonia.